



*la luna*  
*el viaje del escritor*



# LECTORES CHAPINES

<http://lectoreschapines.com>

La Luna



# Prólogo

Todos la hemos visto, ¿pero te has dado el tiempo para contemplarla? Siempre está ahí, colgando del cielo, vestida de luz o de oscuridad —en ocasiones mezcla ambos colores—. Si te le quedas viendo algo te maravilla —te reto a traducir esa sensación en palabras—. Te podrás sentir un ser muy pequeño o te sentirás dueño de la inmensidad que contemplan tus ojos. Podrás sentirte abrazado por la soledad o que formas parte de un todo inmenso. Y en cada ocasión que lo hagas tendrás que expresar algo, aunque no lo digas en voz alta.

Encontrarás que algunos la ven como un testigo perenne, quizá incluso como cómplice; muchos la tendrán como dueña de su inspiración, o acaso como un requisito para ella; unos la contemplan como viajera, otros como compañera de viaje. Será objeto de la alabanza de cientos, aunque pocos logren describirla con justicia. No faltarán quienes encuentren consuelo en ella, o solo compañía. Será la protagonista principal de muchas metáforas, y el obje-

to de estudio de miles de entusiastas. Habrá quienes hallarán en ella el lugar indicado para descargar sus emociones, y otros, los menos, como algo que está en sus historias por mera coincidencia.

Lo cierto es que la historia del ser humano y su luna es una sola, y la misma. Visibles u ocultos, siempre se hicieron compañía.

De tal, fue buena idea que conjugásemos visiones y percepciones, para sumergirnos en un viaje de imaginación, ideas y anécdotas. El resultado son éstas historias que ahora te presentamos. Escritos aderezados con la pluma de sus participantes y el enigma de la luna.

Quizá ella sea testigo o te haga compañía mientras te adentras en los textos que, entusiasmados, aquí entregamos.

Omar Velásquez



# Luna

POR DORIS GARCÍA

Luna. Palabra cortita, apenas dos sílabas. Se le asocia con tantas emociones y acontecimientos que rodean al planeta tierra y sus habitantes.

La luna además de cráteres y silencio total tienen caras o fases, como quieran llamarla. Luna Nueva, se dice que se pueden iniciar dietas, hacer ayunos, emprender proyectos; Cuarto Creciente, cortarse el cabello porque crece más rápido, abonar plantas, introducir cambios en hábitos viejos; Luna Llena, favorece a los enamorados; y Cuarto Menguante, podemos trasplantar flores, erradicar insectos, finalizar proyectos. En fin, durante sus ciclos se dan varios hechos que afectan la flora, las mareas, eclipses. Provoca concepciones, adelanta partos y su belleza logra que los sentimientos afloren —no falta la ocasión en que en noches de Luna Llena un caballero a su damisela le declare su amor—. Ilumina senderos e inspira a aquel o aquella que al cantar logra transmitir o declarar su sentir.

¡Ah Luna!... Sus misteriosas imágenes, su redondez brillante. A veces pienso que es tímida, se esconde entre las nubes y con su brillo logra un paisaje celestial tenebroso, pero plagado de belleza, en donde lo blanco, gris y negro se conjugan para darnos una vista sin igual.

Pero aún con esa brillantez es una ladrona: le roba luz al sol. Y logra, además, ser cómplice de poetas, pintores, músicos... pero... si es solo un satélite ¿por qué, entonces, es fuente de tanta inspiración?

# Papá

POR SILVIA GARCÍA

Cuéntame una historia, papá, sobre el campo  
Cuéntame una historia sobre el mar  
Cuéntame cuando corrías entre la milpa.

Dime qué se siente tener alas  
Cómo se puede desafiar al mar  
A qué sabe la libertad.

Dime cómo era tu vida antes de mi llegada  
Cuánto me esperaste  
Cuándo me soñaste  
Cómo me recibiste y amaste.

Déjame una historia para la vida  
Una historia que, como la luna llena  
Me ilumine hasta en la noche más oscura.



# Bella Luna

POR MARÍA HERNANDEZ

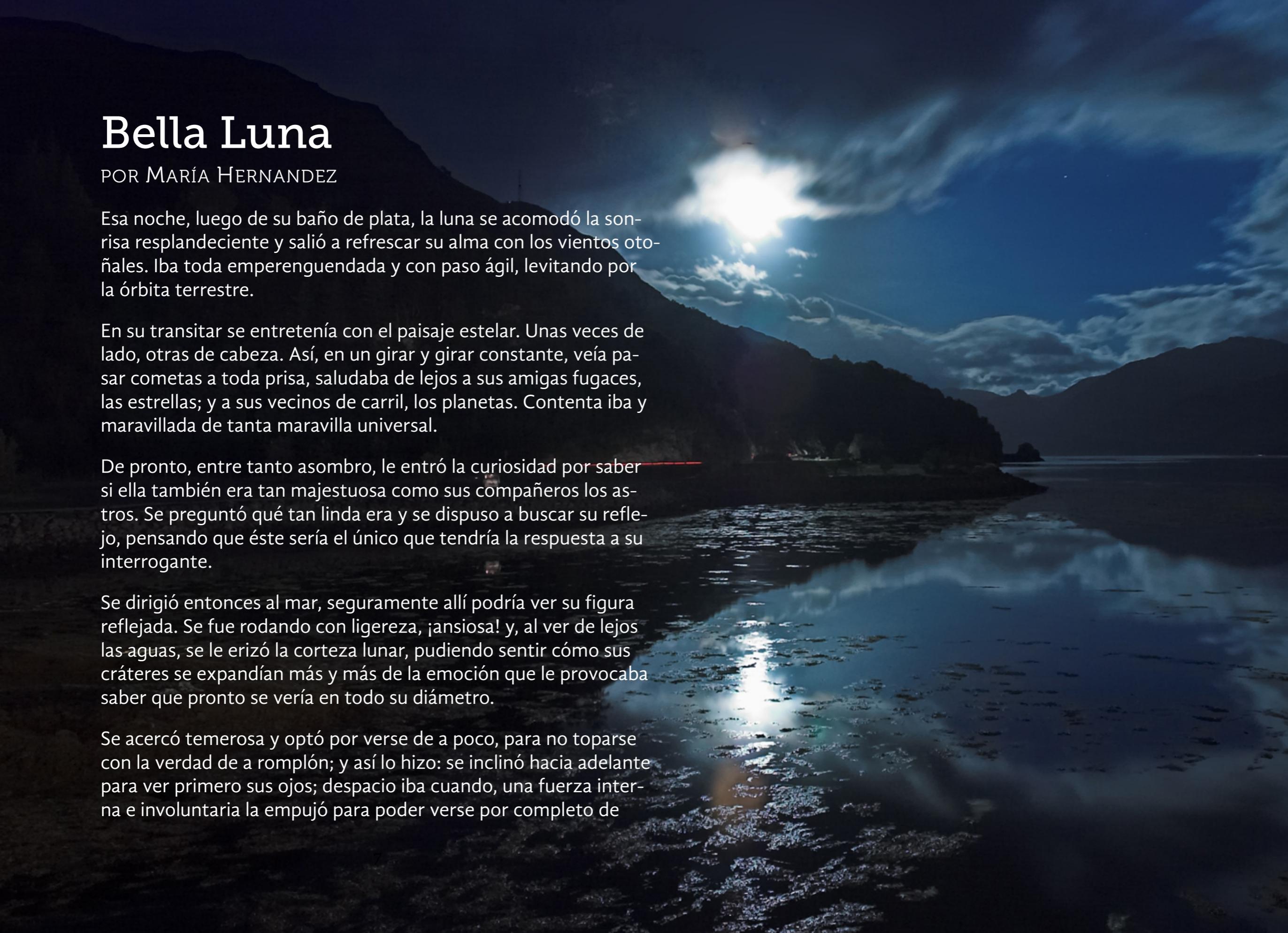
Esa noche, luego de su baño de plata, la luna se acomodó la sonrisa resplandeciente y salió a refrescar su alma con los vientos otoñales. Iba toda emperenguendada y con paso ágil, levitando por la órbita terrestre.

En su transitar se entretenía con el paisaje estelar. Unas veces de lado, otras de cabeza. Así, en un girar y girar constante, veía pasar cometas a toda prisa, saludaba de lejos a sus amigas fugaces, las estrellas; y a sus vecinos de carril, los planetas. Contenta iba y maravillada de tanta maravilla universal.

De pronto, entre tanto asombro, le entró la curiosidad por saber si ella también era tan majestuosa como sus compañeros los astros. Se preguntó qué tan linda era y se dispuso a buscar su reflejo, pensando que éste sería el único que tendría la respuesta a su interrogante.

Se dirigió entonces al mar, seguramente allí podría ver su figura reflejada. Se fue rodando con ligereza, ¡ansiosa! y, al ver de lejos las aguas, se le erizó la corteza lunar, pudiendo sentir cómo sus cráteres se expandían más y más de la emoción que le provocaba saber que pronto se vería en todo su diámetro.

Se acercó temerosa y optó por verse de a poco, para no toparse con la verdad de a romplón; y así lo hizo: se inclinó hacia adelante para ver primero sus ojos; despacio iba cuando, una fuerza interna e involuntaria la empujó para poder verse por completo de



una vez. ¡Se vio en una milésima de segundo! —había un inconveniente, ella lograba verse, pero trepidada, ondeada— y en un instante su imagen se diluía con las olas del mar que se mezclaban entre sí, sin permitirle a ella contemplarse.

El mar, todo un artista, danzaba y se mecía entre cada ola que se enredaba una con otra, en un armonioso baile que agitaba sus aguas y reflejaba una imagen a medias de la luna, distorsionada por el movimiento. La luna se acercaba más para poder verse, pero el mar agudizaba más sus movimientos, por el efecto magnético que ella y su proximidad, sin saber, desencadenaban, provocando el alboroto de las olas.

Frustrada en su intento, se fue sin voltear; con rapidez dirigió sus pasos para posarse sobre tierra firme. Agitada llegó, aún con una capa de brisa del mar que se restregó con rabia, tratando de lavar su tristeza. Descansó un momento y se quedó pensando en encontrar otra opción para ver su reflejo. Su cerebro trabajaba y buscaba en sus archivos alguna idea que solucionara su dilema.

La encontró, su máquina de mando le propuso... ¡Buscar en el lago!

Se fue de nuevo por la órbita, con la emoción de la mano, esperanzada; casi rebotando de la alegría. Se detuvo hasta que se encontró a cierta distancia con el lago cristalino. Respiró profundo y se dirigió hacia él con los ojos cerrados, se ubicó por encima de las aguas y abrió sus ojos orientándolos hacia abajo para ver su reflejo. ¡Vaya sorpresa la que se llevó! Una nube gigantesca se interpuso entre ella y el lago, y no pudo observar ni un centímetro de su cuerpo.

Más enojada aún, se marchó y tomó el camino de regreso a su hogar. Cabizbaja iba, con la vista marchita y decaída, arrastran-

do su pena. Pasó sobre un poblado que recién había sufrido de una tormenta y sus calles albergaban muchos charcos. Una esperanza renació en la luna al observarlos, quizá en ellos podría ver su reflejo y conocerse en su corporeidad. Apresuró su paso hacia una de las pozas, se acercó y se vio, pero apenas lograba visualizar un fragmento de su ojo, pequeño. No podía ver más, pues ella era mucho más grande que la capacidad del recipiente de agua callejero. Buscó otro charco. Encontró uno más grande en el que pudo ver su ojo y parte de su nariz, imagen que se esfumó ante la emboscada de una rana que se tiró con todas sus fuerzas sobre aquel, rompiendo la tranquilidad del agua y con ella su reflejo y su paciencia lunar.

Triste y rendida se resignó a no saber la verdad, a no poder reflejarse en ninguna porción de agua que pudiera trazar su belleza. Continuó su camino de retorno a casa; lento su transitar, doliente en cada movimiento.

Silente se deslizaba la luna por la nocturnidad fría, por caminos solitarios. Ensimismada iba, alborotadas sus ideas en el infortunio y la frustración. Cuando un murmullo interrumpió en su conciencia. Agudizó su oído para escuchar la voz que se escurría entre las notas de una guitarra melodiosa, dulce y melancólica. Era la voz de un cantor que, armoniosamente recitaba palabras que la invocaban a ella, a la luna. A través de sus vocablos mencionaba lo grandiosa que era la compañía de su luna amada. Escuchaba de la boca del intérprete el añorar de su presencia, la cual, según él decía, venía acompañada de agrado. Dichas palabras fueron mágicas para la luna y fue como si se posaran en su boca, tomando con fuerza las comisuras de sus labios para estirarlos, cada uno hacia arriba y crear una sonrisa grande.

La luna se sintió honrada al darse cuenta que para alguien ella era especial e importante. Ello elevó su ánimo, sin embargo, éste

no se recuperó del todo, por los intentos fallidos de ver el reflejo. Una nueva curiosidad le surgió a la luna: darse cuenta de lo que ella significaba para las demás personas.

Siguió su viaje con los oídos bien atentos, para cazar los sonidos de cualquier vocablo que se le cruzara en el camino. Logró atrapar varias palabras, con las cuales se regocijaba al escuchar que su presencia estelar nocturna era bien recibida por muchos y muchas. Sus ojos destellaron en alegría al darse cuenta que varias personas disfrutaban de poder mirarla en el cielo. Logró sentirse esplendorosa, y supo que lo era. Se dio cuenta que había logrado encontrar la respuesta a la interrogante que tenía sobre su majestuosidad y se dio cuenta, también, que un reflejo efímero y superficial no podría darle la respuesta a esa pregunta tan profunda. Porque su belleza se encontraba en cada rostro adornado de una sonrisa provocada por su compañía; su belleza se manifestaba en cada latido de emoción y en cada suspiro de añoranza que la vida generaba en su honor.

Era linda, de beldad ilimitada. Trascendida ésta al deleite, a la ensoñación y a la felicidad que provocaba a las almas terrenales. Ver las sonrisas y los chispazos de ilusión en los ojos que la contemplaban era ver el reflejo de su majestuosidad verdadera.



# Desolación

POR OMAR VELÁSQUEZ

Pocas cosas hay tan aburridas como la historia de un hombre común. Es el escape de la monotonía el premio a la sagacidad vertida en el diario vivir, pero también es la búsqueda que más esfuerzo demanda. Yo, aclaro desde el inicio, fui de los que me dejé vencer, y no tengo empacho en decir que no tengo excusa alguna que justifique mi derrota —como nos pasa a la mayoría—. Verá, los impedimentos para alcanzar las metas solemos verlos una vez que hemos fracasado. Son invenciones que disipan la culpa.

Mi excusa, además, poco tiene de ingeniosa. Es la que usamos casi todos: el absurdo comportamiento que ha alcanzado la humanidad. Me acostumbré a ser arrastrado y a ahogarme en el río de críticas que creamos quienes nos dedicamos a ver lo malo en todo; me cansé de la injusticia de un mundo que se divierte al contemplarnos sucumbir ante nuestra propia ambición e ignorancia; me harté de la edad de la infancia del ser humano, de la que parece, jamás saldrá; me dio asco contemplar las contradicciones de las personas entre lo que dicen y lo que hacen; y me dio coraje ser testigo de la creciente brecha que existe entre los que tienen y los que desconocen lo que es tener.

En un ámbito más personal, puedo decirle que me cansé de esperar por aquel que no tuviera sino verdad en la lengua —todos hemos mentido, mentimos en algo y volveremos a mentir—.

No encontré a alguien tan honesto en su entrega que fuera capaz de olvidarse de sí mismo aunque fuera por un instante. El ser humano no es movido por sus anhelos sino por los límites que se establece. Concluí, entonces, que no podría ser feliz con nadie, porque nadie llenaría mis expectativas, y llegué a no ser feliz ni conmigo, siendo que yo mismo soy incapaz de cumplirlas. Formé dentro de mí el anhelo de la perfección y mi fijación solo se debe a que eso me excusa por completo. Si no es perfecto no me alcanza, no me sirve, por tanto puedo abandonarlo. Así he vivido mi existencia, desentendiéndome de todo.

Quisiera que me entendiera esto: carente de perfección en todo, mi único anhelo es lograr una obstinación perfecta y la tal solo se puede alcanzar si todo lo demás pierde por completo su importancia.

Adivinaré que tengo un trabajo que no me importa, vivo en un lugar que me tiene sin cuidado y me alimento sin preocupación alguna por las propiedades del combustible que deposito en mi interior. En todo lo demás pasa lo mismo, pero no quiero aburrirle con una lista tan extensa, como carente de relieve.

En mi rutina desprovista de valor, hice de una cafetería de cuatro mesas y dos empleados, mi lugar habitual de cena. El cocinero de ahí siempre me vio con reticencia y fue recíproco. En cambio con el mesero me fue imposible guardar la distancia. Era la de él una vida que debía soportar el fatigoso peso del positivismo constante y el hastío de la alegría sin pausa —a pesar de mi insulso esfuerzo porque despertara a lo negro del existir—. Como nunca había clientela que atender, se sentaba a sostener una cháchara conmigo, en lo que preparaban mis alimentos y él mis-

mo me los traía. De alguna forma se las arreglaba para tener siempre un tema que compartir. Sospecho que su deleite radicaba en la tortura que me infringía, pues de mí poco y nada obtenía como respuesta.

En aquella ocasión inició la plática preguntándome qué pediría si me fuera concedido un deseo. Mi respuesta fue que frivolidad tal no merecía mi tiempo. Pero él continuó. Dijo que le habían contado que existía un día y una hora al año en que la luna se encuentra más cerca de la tierra y que ésta concede un deseo a quien más cerca esté de tal tiempo. Es decir que el deseo sea solicitado y que justo media petición haya transcurrido en ese momento de aproximación máxima. Todos los años, insistió, hay un afortunado en el mundo cuya vida cambia.

Ni siquiera le hice un comentario, me limité a verle con desdén.

Fue por la comida, y luego de servir mi plato puso sobre la mesa un papel con una fecha y una hora.

—Nada pierde con intentarlo, al menos le serviría de distracción  
—Fueron sus palabras.

Se marchó sin esperar reacción de mi parte.

Quizá no le hubiera prestado mucha atención, pero acuso al sobrado tiempo con el que contaba. La fecha era dos días después y no pude quitar de mi cabeza el cuestionamiento. Tendría que pedir algo que lograra alcanzar la perfección que deseaba.

Me parecía ridículo pedir riquezas o poder. Con eso es suficiente para el resto de cosas materiales y físicas —siempre hay gente

dispuesta a venderse—. Pero si bien eso cambiaría mi vida, de ninguna manera cambiaría mi entendimiento sobre el ser humano y la banalidad de la vida; mejorar la condición en el mundo tampoco era una opción: ¿mejorar qué y para quién? ¿No es acaso cierto que la dicha de unos es desdicha de otros? No todos pueden ser presidentes y no todos pueden ser el mendigo tirado frente a la iglesia; ni que explicar tengo lo ridículo que sería desejar salud para todos, como remedio contra la muerte ¿Para qué querríamos vivir más de los muchos años con que contamos?; ¿Paz mundial? Mientras seamos humanos hemos de pelear, y sería un cambio demasiado grande para cargar con la culpa de tal delito a costas —Un resultado demasiado incierto para mi gusto.

Si bien surgieron más ideas, fue una la que acaparó mi atención: pedir la desaparición total de la raza humana —Pedir la de todo ser viviente sería meterme en asuntos que no me competen—. Creo, sin temor a equivocarme, que sería el gesto más bondadoso que alguien pueda tener para consigo y para con el prójimo. La no existencia tiene la ventaja más grande de todas: que carece de desventaja alguna. Nos convertiríamos en un olvido del que nadie sería consciente, y nada más.

Me obsesionó la idea, pero me desalentaba el no poder ser testigo del resultado.

Yacía tendido en cama cuando la hora estaba por darse. Fue más bien un arrebató, un impulso: “Estoy harto de la humanidad, quiero vivir solo” alcancé a gritar, a tiempo que apretaba con fuerza el papel en mi puño y las lágrimas saltaban de mis ojos.

No se cuánto tiempo lloré... Me quedé dormido.

Mi primer pensamiento al despertar fue que, pasada la hora, me había librado de aquella obsesión por un juego tan idiota. Me incorporé con una sensación extraña. El silencio que inundaba mi habitación era atroz. No hablo de tranquilidad, hablo de ausencia de sonido, más allá del que yo hacía. No se escuchaban autos, pasos, ni charlas. No pretendo tenerle con intriga, sabe bien que le voy a contar que mi deseo fue concedido. Pero a mí me llevó un tiempo entenderlo. Me vestí con lo que encontré a mano y salí a la calle. No habían personas, ni autos en movimiento. Fue tener esa primera impresión y entendí el significado de la palabra desolación.

No, no fue como caminar hacia dentro de una fantasía, ni bailé de felicidad al ritmo del deseo cumplido. Fue aterrador. Como le dije, tardé en comprender que aquello era el resultado de lo que había pedido. Después de todo ¿quién cree en ese tipo de cosas? Corrí a encerrarme en mi habitación pensando en ese cliché de que seguramente se trataba de un sueño en el que me encontraba inmerso —No llegué a pellizcarme, si es lo que se está preguntando.

Perdí el apetito por varias horas y habré salido a la calle unas cinco veces para comprobar que no me equivocaba en mi observación. Para la tarde caí en cuenta que la única explicación posible era aquel dichoso deseo. Imaginaré la angustia que sentí al tratar de recordar las palabras exactas que había pronunciado y la desesperación cuando concluí lo mal redactado que estaba: vivir solo... ¿para siempre?

Angustarse es una actividad que cansa y al final pudo más el cansancio y el sueño, que el terror. En alguna hora de la madrugada quedé dormido, acompañado de un dejo de esperanza de que al despertar todo iría mejor.

Aprendí que veinticuatro horas no son suficientes para aceptar un cambio como ese. Al día siguiente la angustia no había desaparecido, pero tenía hambre y sabía que no había nada de qué esconderme, después de todo estaba solo —me lo repetía constantemente tratando de convencerme, o más bien de resignarme.

A poco caminar encontré una tienda, tomé lo que quise y sacié mi hambre. Me metí en una casa y, debo confesarlo, me fue imposible no revisar cosas que no eran de mi incumbencia —lo hice en cada lugar al que fui—. Tenían un auto y encontré las llaves. Lo hice mi transporte. Pero bien... ¿De qué aprovecha visitar un museo si no hay con quien compartir las impresiones del arte? ¿De qué va asistir a un concierto sin músicos? ¿De qué le sirve estar en el restaurante más fino si nadie preparó comida? Esas son las preguntas tradicionales que uno se hace, pero yo tengo otra: ¿de qué me sirve ser un cascarrabias que pelea contra los intentos del hombre por hacer sociedad, si no hay tal sociedad, ni hombres, ni nadie que escuche? Esa era el verdadero drama: mi existencia perdió el poco sentido que tenía. Y es que siempre, lo queramos o no, para alguien o para algo funcionamos. Lo que pasa es que sacamos de proporción tal funcionamiento, ya creyéndonos mucho o muy poco. Por mi parte puedo asegurarle que lo mío no era falta de ego, era exceso... Creía demasiado importante a mi intelecto como para desperdiciarlo en esta sociedad; me creía lo suficientemente valioso como para

que el mundo me diera explicaciones de por qué se comporta como lo hace, y lo cierto es que le somos indiferentes. No hay tal cosa como una naturaleza que se interese porque uno tenga algo para comer hoy.

Para el cuarto día, lo recuerdo bien, la tristeza era la constante. Podría haber dejado mi apartamento pero, aún sin nadie quien juzgara, era el lugar que advertía mío. Me sentí prisionero de la ausencia. La cárcel era el vacío. Por tanto, en aras de continuar la sensación, me puse a hacer una rayita, por cada día que pasaba, en la pared a la que estaba pegada mi cama. Pensaré que cuatro es una nada, pero sepa que, en el contexto adecuado, cuatro es una eternidad. Extrañé tanto y extrañé todo de romplón... La esperanza se alejaba a kilómetros por hora con cada minuto que pasaba.

El quinto amanecí con una pregunta: ¿cuánto aguantaría?

Para el sexto me di cuenta que no tenía sentido vivir el ideal de la libertad absoluta. En nada beneficia conocer un lugar, aprender sobre un tema nuevo o saciar la curiosidad, como no hay provecho en aprender los principios de la república o lo tempestuoso del temperamento humano si no se va a convivir con nadie. Salía solo a conseguir alimentos y regresaba.

No quiero aburrirle más con mis introspecciones, al final todas mis conclusiones giraban alrededor del sinsentido de la existencia, si la tal no es compartida. Fue hasta el duodécimo día que el ruido me despertó. ¡Cuánta alegría, tranquilidad y esperanza puede dar la cotidianidad en el contexto adecuado! Hay felicidad, sépalo, hasta en el sonido del motor de un auto.

No pude evitar un impropio carente de tacto y sentido hacia la luna. Ahora sé que tiene sentido del humor. ¿Cómo? Porque no me dio un día, dos, ni una semana, quince días, ni un mes. Fueron once días. Y el once, todos sabemos, no significa nada. No obstante le agradecí que me sacara de aquella desdicha —a pesar de que dudo mucho de mi tino en tiempo y distancia, seguramente solo quiso divertirse conmigo o más bien burlarse de mí.

Acá termina mi relato, pero anticipo que tiene en mente un par de preguntas a las que pienso contestar.

No, no fue un sueño, porque las rayitas en la pared de mi habitación siguen ahí. Tampoco fue que el mundo hiciera una pausa: el calendario sigue en orden y de esos días todos tienen recuerdos —he preguntado al respecto.

Mi vida volvió a lo que era. La raza humana no cambió y el mundo gira hacia el mismo lado. No le doy más importancia a las cosas que antes, ni predico para hacer de éste un mejor lugar.

Sí, he contado esta historia varias veces, y lo hago porque me parece inofensiva.

Y no, no volvería a hacerlo... la próxima vez pediría dinero.

# A la luz de la luna

POR LIDIA LORENZO

Una luz de origen infinitamente lejana, pero resplandeciente a toda vista y desde cualquier lugar del mundo, se refleja en las aguas de los ríos, mares, lagos... y titila en los ojos húmedos de Martina. Ella solía sentarse a la orilla de aquel pequeño riachuelo del pueblo, con la expresión que él, el único amor de toda su vida, solía llamar “un detalle”

Trece años después, la luna se ahoga en la fuente del obelisco en la pequeña plaza rodeada de árboles, arbustos y algunos bancos de piedra y madera. Mientras tanto las hojas van cayendo con el rumor del viento y su luz parece atravesar el tiempo. A veces produce en Martina la sensación de querer tocar su alma. Ella vive ahora lejos de su pueblo. Se convirtió en una chica de ciudad, pero en las noches claras, bajo un techo de estrellas, la suele acompañar la misma luna y sus recuerdos. Martina piensa que la vida, en tiempos de antaño, parecía tan de colores brillantes. Siempre llevaba consigo esa sensación de que, de un momento a otro, podía hacerse de esas maravillas invisibles, sujetar entre sus manos la alegría, la felicidad. Pero en cambio ahora se sumerge en un profundo silencio y elocuencia, como una forma de olvidar el tiempo.

En cada noche de luna llena, ella contempla un tanto distraída esa sucesión sin límite del cielo. Ese cielo en el que, en ocasiones, no hay ni una sola nube y esa luz de la luna crea sombras cortadas entre los árboles.



Su conciencia vaga por parajes desconocidos, mientras le recuerda que la realidad sigue su curso. A veces le parece mentira lo bella que es, su esplendor y esa forma de mantenerse indeleble a través de todos los tiempos.

Martina huérfana de padres y del pesar de un amor que se ha marchado sin dejar rastros y sin esperanza de retorno. En una ciudad donde para todos, incluso para ella misma, es una total desconocida. Se siente más sola y ausente que nunca.

En una recién nacida noche de marzo con el ulular del viento que la hace temblar de frío, levanta la mirada hacia unas nubes oscuras y tuvo la sensación de que aquella espléndida luz de luna la cubría con un velo de melancolía, para luego darle paso al sosiego que pocas veces había podido experimentar.

Martina permanece largas horas parada frente a la única ventana de su pequeña habitación, hasta que, de pronto, empieza a llover, mientras los nubarrones luchan por tapar la claridad de la luna. La estremece el sonido de un trueno, luego otro y otro. Una tormenta se ha desatado.

Tal vez hasta entonces Martina no lo supiese o quizá nunca quiso pensar en ello: que su sitio no estaba allí. Se encontraba en el lugar equivocado. El corazón de las cumbres la esperaba. Aquello no era un deseo de querer huir, sino el de regresar a donde realmente pertenecía.

Fue entonces, en medio del alba, cuando la noche le cede el paso al día, cuando la luna se despide con un hasta pronto, en que Martina, por primera vez en su vida, reconoció el mundo con

los ojos de su infancia, esos con los que se deleita la verdadera alegría.

Sabía que no sería nada fácil volver a comenzar, tampoco el que otros pudieran comprender sus anhelos. Sin embargo eso a ella ya no le importaba, puesto que sentía la firme convicción de que la búsqueda de su felicidad debía de ser su principal objetivo.

... Se giró diciendo adiós por última vez desde aquel lugar, y cerrando la ventana tras de sí, esbozo una leve sonrisa hacia la escasa luz que iluminaba su mirado. La luna a su vez parecía sonreírle, como queriendo decir, “Te acompaño, aun si no me vez, aun si marchas lejos”.

# El lado oscuro

POR SAÚL GIRÓN

Se despertó esa madrugada previa a que la luna alcanzara su mayor llenura, con el mismo viejo sueño en su garganta, pero esta vez ya no se sintió agitado, como lo hacía antes. Había vuelto a soñarse con los pies amputados con un corte limpio, sin sangre, sin dolor, pero ahora —extrañado de no sentir lo mismo— sólo recordó la confusión que sentía cada que le atacaba la misma pesadilla. Se trataba de algo inenarrable, al menos la parte inicial del sueño, donde le asaltaban una serie de imágenes confusas y él se sabía infinitésimamente pequeño, rodeado de luces y personajes que —sin rostro— ocupaban un papel importante en su vida. Eran imágenes confusas, que siempre terminaban con esa procesión donde él iba sin pies... Muchos años ya que había dejado atrás esas madrugadas de sobresalto, de frentes bañadas en sudor, de tropeles agitando su pecho y de esa sensación tan indefinible que oscilaba entre la paz, la tristeza y la nostalgia. Sin embargo, esa mañana supo que se trataba de algo distinto y tuvo la certeza que sería la última vez que lo soñaría. Ahora ya no sentía miedo por lo inexplicable de esas sensaciones, sino que era gobernado por una calma que se había ido instalando poco a poco en su existencia. Al principio, debido a su incapacidad de entender esas sensaciones, sentía temor, pero a medida que paulatinamente había ido aprendiendo a aceptar los juegos de su mente, también habían ido desapareciendo dichas madrugadas. Siempre despertaba poco antes que lo hiciera el sol y, aún en sus días de descanso, solía dedicar esos primeros minutos del día a la lectura, a las reflexiones y —de vez en cuando y según él— a tímidos intentos de meditación trascendental que, a su buen saber y



entender, era lo que cualquier buen gurú hindú podría enseñar, pero que en realidad no pasaba de ser una intentona de quietud y represión de una comezón que surgía en todas partes del cuerpo.

Cuando dieron las seis bajó a prepararse un café y procuró concentrarse nuevamente en la lectura, mientras los dos perros, la gata y un loro que tenía por mascotas hacían sus gracias, travesuras y necesidades matutinas. Así siguió hasta que, más que el hambre, el ruidero de tripas que le hizo retorcerse en su viejo sillón reclinable, le exigió un descanso para preparar el desayuno. Se dirigió, entonces, a la cocina, donde generalmente invertía considerable cantidad de tiempo en prepararse la comida, aunque ingerirla siempre le llevaba menos de 10 minutos. Había tomado esa costumbre por la época que quiso conocer los secretos de la vida vegana, haciendo mezcolanzas de frutos, hierbas y algunas hortalizas que nadie imaginaría se pudieran comer crudas. Esa era parte de la ceremonia diaria con los alimentos, donde, más que prepararse la comida, se preparaba para aprovechar sus ya sabidos escasos momentos de lucidez, que alcanzaban su cúspide junto con el zénit del sol, pero que iban desapareciendo a medida que éste moría. Ahora sabía y disfrutaba de saber que padecía de una locura a medias, pues solía sufrir de una demencia no científicamente comprendida, que le atacaba durante los momentos en que la luna aparecía por el cielo.

Realizó sus primeras incursiones en los laberintos que pueblan la mente de los locos, cuando rondaba los 30 años, durante una noche marcada por un eclipse lunar total. Para su sorpresa, observó cómo, poco a poco, ante su mirada perpleja iba desapareciendo la imagen de lo que por esa época ya se le había convertido en una obsesiva atracción por sus poderes y belleza. Desde esa

noche no podía dejar de buscarla por cualquier rendija que aparecía en el cielo. Sus noches más exultantes eran, por supuesto, las noches despejadas y de luna llena. Por eso prefería las noches de noviembre, llenas de vientos que barrían las nubes, despejaban el cielo y lo dejaban pringado de puntos blancos que resultaban incontables. Era para esas noches cuando más se sentía un verdadero "lunático". Sin embargo, no eran esas las únicas noches que disfrutaba, pues había descubierto que era en los días cercanos a los cuartos menguantes o crecientes, cuando mayor detalle se podía apreciar en los rasgos de la luna, debido a las sombras que la luz del sol proyectaba en sus viejos cráteres. De allí que se le pudiera ver casi hipnotizado para esas ocasiones, sentado en la azotea de su casa, a veces pobremente abrigado, pero siempre con la mirada fija en el firmamento, ayudado al principio por un viejo telescopio y luego, por su cámara fotográfica, contando cráteres, deleitándose en ver cómo la luna jugaba con las nubes y alumbraba la calle de enfrente y el jardín de atrás, provocando el aullido de uno de los perros y devolviéndole la misma sonrisa con la que él la observaba.

Su obsesión, sin embargo, comenzó a surgir —sin él saberlo— durante su niñez, por influencia de su abuelo Elvidio, un anciano calvo y últimamente más bajo de lo que había sido en sus años mozos. Don Elvidio era un hombre que tenía un privilegiado sentido del humor; era conocido por sus soliloquios y excentricidades; solía contar a quien quisiera escuchar que se consideraba a sí mismo conocedor de los secretos de la Luna y propietario de la Avenida Reforma; era poseedor de una retentiva para los nombres digna de un record Guinness; y era un magnífico lector y declarado repetidor de las frases de Cabral. Desde la muerte de su hijo y la esposa de éste en un accidente, abuelo y nieto vivían juntos y, principalmente durante las tardes de la época de vacaciones de escuela, don Elvidio llevaba al niño a largas caminatas por el parque, que usualmente llenaba con bellas y divertidas his-

torias, repletas de dichos y frases sabias, historias que siempre sugerían que el amor era lo que permitía al hombre alcanzar su parte sublime, o historias como la suya y su difunta esposa, donde los enamorados se perdían bajo las sombras de la luna y a los que, después de tan sólo nueve meses de esas escapadas nocturnas, les nacían hijos locos, benditamente locos y por locos, tan libres y por libres tan bellos, que hacían un paraíso de ese infierno en el que vivía la mayoría de las personas que conocía. Le decía que el mayor secreto de la luna era la cantidad de manchas que alegraban su superficie y era por eso que en las noches claras de luna lo hacía contarlas, una por una, pues creía ciegamente que el hombre que llegara a conocer los secretos de la luna podría alcanzar la sabiduría de los iluminados. Lo decía con una convicción tan infranqueable, con una voz tan grave y serena que sonaba a sabiduría y con una mirada que a pesar de los lentes con culo de botella que llevaba puestos, era capaz de traspasar hasta las personalidades más altivas, que terminó por convencer al niño de la veracidad de tales afirmaciones. Además, el niño tenía por prueba la locura del abuelo, quien le confesaba que la fiesta de su vida había iniciado en una noche de luna llena, cuando ésta le regaló su mayor secreto.

Fue así, influenciado por su abuelo, como en sus primeros años de adolescencia fue adquiriendo su obsesión por la luna, poco a poco, sin darse cuenta. Inconscientemente había pasado por infinidad de situaciones relacionadas con nuestro único satélite natural. Por ejemplo, había intentado resolver las ecuaciones para determinar el tamaño de la sombra de la luna; había creado hipótesis sobre los trucos de que se había valido Cristóbal Colón en 1504 para acertar en las fechas de un eclipse y convencer con ello a unos nativos en Jamaica de que les proporcionaran alimentos para su tripulación; había logrado, según él, armonizar las energías del dios Soma y del demonio Rajú y con ello dar por terminados muchos de los conflictos de la ideología hindú; había

intentado descifrar algunos códigos mayas asociados a la diosa Ixchel; había adquirido en una venta de garaje un viejo telescopio con el que había iniciado con emoción la observación y conteo más detallado de los cráteres de la luna y que, para su total tristeza, se había desquebrajado años adelante al tropezar con él; y, por último, se había aficionado a la fotografía, una actividad que, curiosamente, practicaba más por las noches que durante el día.

Recordaba muy fuertemente a los abuelos, especialmente las tardes cuando los veía sentados, tomados de la mano, intercambiando silencios. La abuela era la única persona que entendía a don Elvidio y aceptaba sus momentos "lunáticos", pues su nivel de conexión mutua era universal, para decirlo de alguna forma. Habían iniciado juntos la aventura del amor y la habían terminado siendo uno. Quizás por eso las historias que contaba el abuelo sobre la luna y las historias de amor le resultaban tan vívidas en su mente. Así, de manera imperceptible, sus hábitos, actividades y aficiones fueron volcándose hacia cualquier cosa que estuviera relacionada con la luna y con el amor. Sin embargo, en el amor le iba peor que con la luna, así que se fue aislando y volviendo inmune a las relaciones típicas románticas, donde se suele confundir el amar con el poseer. Para él, amar era mucho más que eso. De hecho era menos. Para él, amar era entregar sin esperar algo a cambio; limitarse a transmitir las mejores energías posibles; disfrutar del otro aun sin el otro; ser feliz aun sin el otro y ser más dichoso con él. En fin, tenía un concepto muy elevado del amor y por eso y las experiencias que la vida le regaló a lo largo de los años, fue quedándose con la luna. Leía libros e historias relacionados con ella; escribió poemas que hablaban sobre ella; empezó a sentirse un "lunático" empedernido; prefería las canciones que hablaban sobre la luna; y hasta llegó a coleccionar fotos y discursos que Neil Armstrong dictaba por todo el planeta. Celebraba el cumpleaños de la luna cada día y soñaba con tener

labios en los ojos y alas en los brazos, para besarla desde lejos y volar hacia ella por las noches. Era un lunático que creía que en la Luna se encerraba la sabiduría del Universo y del amor. Estaba enamorado de la luna. Estaba enamorado del amor.

Fue para un diciembre, durante el clímax de un eclipse lunar, cuando con gran sorpresa y regocijo presencié ese fenómeno por primera vez. Le resultó alucinante y sintió tocar el borde de la locura y se vio a sí mismo hermosamente loco, pues creyó haber contado las manchas lunares con mayor facilidad que nunca. Esa noche le resultó exageradamente difícil conciliar el sueño, esperando el tan ansiado momento de iluminación del que tanto le hablaba el abuelo. No llegó. Y, lejos de iluminarse, al día siguiente despertó sufriendo de lo que sería la primera de muchas madrugadas acompañadas de ese sueño indescriptible y de verse sin pies, flotando, sin sangre, sin dolor, sintiendo esa ansiedad, la que provocaba ese sobresalto, la frente bañada en sudor, el tropel de caballos agitando su pecho y esa sensación tan indefinible que oscilaba entre la paz, la tristeza y la nostalgia.

No desistió. Tenía que alcanzar la iluminación de alguna manera. Su abuelo decía que ese era el destino de todos los hombres, pero que el ego les dibujaba caminos engañosos y terminaban perdidos en convencionalismos y formalidades, en religiones o conceptos políticos y filosóficos. Para él, la luna era la clave. Así que siguió persiguiéndola, incansable, con gran tenacidad. Sus puntos más altos de obsesión se dieron por la época en que había comenzado a entender muchas cosas de la vida. Por ejemplo, que era hermoso contemplar cómo las hojas de los árboles se mecían con el viento; cómo la lluvia reverdecía los llanos; cómo las aves volaban libres por el cielo; cómo jugaban los niños sin prejuicios de colores, razas o condición económica; cómo la gente podía pasar horas y horas charlando sobre cosas sin importancia y él guardar silencio; y, cuántas cosas habían en las tiendas y

mercados por donde pasaba y que él no necesitaba. Fue aprendiendo a disfrutar de la luna y de todo lo que le rodeaba, así que con el pasar del tiempo y al ver que la dichosa iluminación no aparecía, fue quedando sólo la costumbre y el placer de sentirse conectado con la luna y disfrutar del todo. Sin embargo, siempre le resultó embriagante su conexión con Ella.

Tuvieron que pasar varios años antes que descubriera el biorritmo de su locura, pues, al igual que las mareas, su estado de ánimo era gobernado por la luna. Por eso, durante el día mantenía una calma y serenidad que casi lo volvía invisible, mientras que, a medida que caía cada tarde, iba perdiendo ese silencio que le gobernaba mientras el sol brillaba y daba paso a un zumbido rítmico que le hacía bailar y cantar mientras acariciaba las flores que a veces se posaban frente a él y otras sólo imaginaba, pero que siempre terminaba arrojando a su amada. Esos cambios bruscos de actitud eran los que le habían regalado la fama de loco.

Ahora disfrutaba de cada instante que podía verla y tenía un significado especial cuando ésta aparecía gorda y blanca durante el día, detrás del Cerro Alux. La buscaba también en los charcos que formaba la lluvia, en las palanganas con agua de dejaban en el patio para que bebieran los perros y la gata, en la pila donde su abuelo lo bañaba desde niño y en las ventanas de las casas vecinas. Ansiaba tanto alcanzar la sabiduría de la que le hablaba el abuelo Elvidio y creía que no la alcanzaba porque ya había entendido que, debido a la infeliz coincidencia entre la rotación y traslación alrededor de la Tierra, no podía llegar a conocerlas todas, pues su amada nunca le mostraría la parte más deseada, su lado oscuro. Fantaseaba con esto, le excitaba imaginarse el primero en descubrir tan exclusiva parte. Sin embargo, saber que nunca podría disfrutar de la luna en su plena dimensión le hacía sentir

un hondo pesar y su carácter nostálgico le había venido volviendo un hombre más callado.

Así fueron pasando los días y estos se convirtieron en meses y luego en años. Finalmente, cansado, cuando ya era de él quien todo el mundo decía que estaba loco y los momentos extáticos que le brotaban por las noches de cuartos menguantes y crecientes, le llenaban de paz, de silencio y de quietud, cuando sólo le quedaban esos ojos de loco feliz, después de tantas horas de silencio al observar o de tanto canto al bailar, después de encontrar y cultivar esos momentos de conexión con el todo, de sentirse parte de Él, entendió finalmente el significado de la frase de Cabral que repetía su abuelo: “Se mueve una estrella cuando corren una flor”. Descubrió que la sabiduría no era algo que se lograba con la mente, sino con el espíritu y que la belleza de la luna era la belleza de toda la existencia; que podía descubrir la misma experiencia al disfrutar de la rosa en el jardín, en la risa o el llanto de un niño, en el vuelo de las aves, en la magnificencia del sol, de las nubes, de las estrellas y en la hermosa capacidad de los humanos de poder amar. Entonces comprendió las palabras del viejo Elvidio, cuando decía que el ser humano era sólo una posibilidad, pues nuestra parte humana es el lado animal y es el que estamos obligados a sufrir, mientras que el “ser” era ese potencial divino que existe en cada uno de nosotros. Fueron sus mejores días, cuando descubrió que la existencia era el Dios que todos buscan y que, por ponerle rostro, nadie ve. Se sentía ya dichoso a toda hora, en todo momento, aun sin aparecer la luna. Entonces los problemas dejaron de serlo y pasaron a ser sólo eventos. Recordaba la frase de su abuelo: “Si tienes un problema y éste no tiene solución, ¿de qué te preocupas? Pero si éste tiene solución, ¿de qué te preocupas?”

De pronto se descubrió a sí mismo ya sin desear la sabiduría del abuelo y se sintió feliz. Ya no tenía sentido la sabiduría ni nada en absoluto. Le bastaba con la dicha de saberse infinito.

Esa noche, cuando llegó a su fin el último día que despertó agitado y la luna alcanzó su máximo esplendor, también lo alcanzó la muerte. Lo encontró con esos ojos de loco feliz, con sonrisa de novia recién casada, con la piel marchita pero el alma nueva y vigorosa, con la calma que sólo la madurez regala y con los ojos del corazón viendo en dirección al cielo. Entonces voló, voló muy alto. Y se vio que iba sin pies, sin sangre, sin dolor, pero ya sin la confusión de antes. Llegó al lado oscuro de la luna y al llegar, se descubrió a sí mismo luminoso. El lado oscuro de cada quien es una muestra de su lado luminoso. Es el equilibrio del que hablaba el abuelo Elvidio en los viejos tiempos. Ahora sabía que la sensación que antes oscilaba entre la paz, la tristeza y la nostalgia, era en realidad un atisbo de Eternidad.



# Querida amiga

POR MARIBEL MÉRIDA

Estoy en uno de esas noches de insomnio y alcanzó a ver su cara asomándose por mi ventana. Particularmente hoy es agradable encontrar un rostro conocido. Jamás pensé que llegaríamos a ser tan buenos amigos. Probablemente su compañía fue lo único que tuve en los peores momentos de mi vida, cuando la angustia y la soledad me apretaban el alma y generaban en mí la tan conocida sensación de angustia y vacío.

Con lo difícil que resulta en estos días de carreras y ajetreo encontrar amigos fieles y constantes, haberla encontrado resulta tan reconfortante.

Quizás sea su amor desinteresado o la forma en que puede darse a tantas personas, ofreciendo compañía, consuelo e inspiración, lo que más me acercó a ella. Puede ser también su aceptación incondicional: nunca me ha juzgado.

La manera en la que me toca y me transforma cuando se aproxima a mí. Soy más bella cuando está cerca de lo que nunca jamás fui.

Ese poder transformador también toca mi alma y me siento más generosa, más comprometida con la humanidad... más humana.

Se de algunos que la llaman hechicera y aseguran haber caído bajo su embrujo. Yo, simplemente la llamo mi amiga... mi muy querida amiga Luna.

# Desde la luna

POR LSD

Luna viajera, luna misteriosa, luna romántica  
Inspiración de muchos, musa de soñadores  
Luna que ve pasar a la estrella sin rumbo  
Que va visitando planetas, desde la tierra hasta Plutón  
No se sabe su destino, no se sabe si volverá  
Los planetas la ven pasar, es una novedad, cada vez que pasa  
Hay fiesta, hay polvo de estrellas, meteoritos y estelas  
Puede ser un cometa o tal vez es una estrella  
Respetuosa de la ley, la inercia es su patrón  
La gravedad no le preocupa, pues solo existe en la tierra  
Algún día volverá, algún día la veremos pasar otra vez  
Puede ser mañana o tal vez pasado  
En éste siglo o en el que viene.





# El Aria de la Luna

POR VLADIMIR FRÉGOLI

Entre las voces de los jóvenes árboles que aprenden a dormir de pie, se apacigua el alma que entre la serenidad de la noche encuentra su refugio. En ocasiones se deleita la nueva pléyade, de robustos y erguidos maderos, con los cuentos de los mayores y sabios —aquellos que han visto los besos perecer en el viento e historias apagarse con el adiós.

Algunos con heridas que los años han cicatrizado, mas no eliminado, y que un día, un ser “inteligente” encendido en angustia fiera —aquella ramera seductora de los sentidos— los lleva a mutilar las pieles de los solitarios troncos en busca de una solución: la de inmortalizar la pureza del amor y perder el cobijo de la vida, dejando en el manto nocturno un epitafio que se escribe en la eternidad.

De entre estas se tiene una historia mimada por los hermanos, los verdaderos hijos de Gaia, la cual el árbol más arcaico relata:

Hace ya bastante tiempo, que la fecha se ha extraviado en la nostalgia, entre nosotros apareció Aria la pequeña del pueblo vecino, de ensortijados cabellos dorados, una mirada profunda y sincera, manos regordetas con pequeñas heridas de los muchos juegos y que solo la inocencia infantil cauteriza de inmediato. Siempre vestida apropiadamente y decorando cada lugar donde se paseaba. Era hija de Paulette, una mujer hermosa como el silencio de un amanecer de primavera, de carácter fuerte

e intuitivo y un aura de desolación, con ropas finas y de muy precaria situación. Fue una soprano, proveniente de ningún lugar, que en sus días mozos —según replicaba al venir por leña los domingos en la tarde— adornó los escenarios y dio las mejores actuaciones, causando un abismo en la imaginación de cada mortal que presenciaba su obra. La vida no le trato bien, le escupió en la faz con la desgracia y la traición, y como si no hubiera sido ya suficiente, nos contaba su desdicha en el amor. Jugó con él la partida y apostó su corazón, y el resultado se podía comprender en la desorientación de su mirar.

La pequeña Aria era el recuerdo de ese triste pasado e, irónicamente, la razón de un futuro feliz.

Vivían en la última cabaña, la más cercana al bosque, de este nuestro hogar —decía el árbol sagazmente—. Aria pasó aquí los mejores días de su vida, jugábamos todos hasta que la luna indicaba su partida a casa cual ama de nuestras emociones. Era hasta el otro amanecer que veíamos esas mejillas rosadas, escuchábamos el dulce timbre de su voz y las baladas de la risa inofensiva de un infante. La pasábamos de maravilla. Ella trepaba sobre nosotros, saltaba con ahínco de rama en rama sin importarle nada. Lanzaba rocas al lago. En ocasiones se hacía daño y nosotros impotentes por las raíces que nos retraen, nos resignábamos a esperar que el dolor cesara por cuenta propia.

Le acunábamos en complicidad con la brisa moribunda y esto daba como resultado su ausencia terrenal, su marcha a esa tierra prometida, a la tierra de los sueños. Le cuidábamos cual guardianes del paraíso, y el ver su rostro bosquejando una sonrisa sin razón, despertaba en nosotros la ternura más humana, que al ver-

la y recordarla llorábamos hojas en su honor. Le tomamos cariño pero, a diferencia del hombre, no olvidamos el sentir. Como un reloj la luna aparecía y nosotros con tristeza sabíamos que la alegría se había terminado. Claro... por un momento. Y en esta obra de la vida compartida, siempre es el último acto el mismo, la pequeña trepaba sobre mí, ya que era el árbol de mayor altura al que su corta estatura le permitía subir, e intentaba llegar a la Luna. La pequeña ansiaba tocarla y balbuceaba algo que solo yo por la cercanía lograba escuchar: “Tú al igual que yo estas sola. Las estrellas a tu lado son como los sueños que hacen cola, pero sola estas tú, al igual que sola estoy yo, hasta otra hada de luz.”

La madre salía y gritaba ¡Aria! La pequeña descendía y corría al regazo de su madre con una sonrisa benigna. Los años fueron pasando, la niña cada día se acercaba más a ese enigma entre la niñez y la adultez —esa etapa en que no entiendes qué pasó y no sabes qué pasará—. Con menos frecuencia venía al bosque y la veíamos desde este lugar. A lo lejos se relacionaba en el pueblo. Su madre logró la creación de una señorita con tanta gracia como talentos, de belleza innegable y una pureza que borbotaba por los ojos. Siempre estaba sola y se veía en el reflejo del lago, como si en la profundidad de sus aguas hallaría su razón de ser. Los pocos días que venía se sentaba en mi regazo y hablaba: “Mi madre está peor. ¿Estará conmigo para siempre?” Y muchas otras preguntas que se hacía cada vez más siniestras y confusas, las cuales solo la luna, al salir, le contestaba sin decirle ni una palabra. Con su luz tapaba sus rojizos labios y ella solo le veía directamente.

Una tarde se acercó a mí y me abrazó durante mucho tiempo. No pude hacer más que bordearle sus pies con hojas preguntán-

dome ¿Qué pasa con tu madre? Queriendo consolarle y calmar su dolor no pude decir nada, tan solo el silencio le habló.

No muchos días después vimos un carruaje negro. Aria lloraba como nunca la habíamos visto. Los que fuimos testigos de ese día recordamos el dolor en su voz, esa tonalidad chillona, que golpeaba con frases cortas e incomprensibles al viento, tan vil y sincero como la libertad misma.

No vimos las velas en su hogar durante semanas. Ya los domingos Paulette no venía por la leña aunque eso nos confortaba ya que le era una tarea más difícil cada vez.

La luna alumbraba nuestras miradas de asombro al no saber qué fue de ella. En acto de empatía solemne, la noche siguiente, la luna empezó a verter gotas sobre todos durante su estadía, aunque fue irónico pues no le vimos durante todo ese tiempo. Un atardecer Aria llegó. Traía un viejo costal y una pequeña mueca de sonrisa. Me vio y trepó sobre mí todo lo que la luz permitió. Fue como volver en el tiempo, nunca fui tan feliz. Y la luna, llena de orgullo, se presentó como siempre. Ella se recostó en mí regazo con voz tenue y femenina dijo:

*Luna, acaso te has preguntado ¿Por qué río sin razón?*

*¿Por qué lo incierto juega al anochecer en mi corazón?*

*El suave fuego del vacío me quema y te creo.*

*No busco ¿Por qué? por que lo veo, cuando te veo.*

*Lo siento, cuando te siento, y lo beso cuando te vas.*

*Sus ojos me velan, sangran, hacen estas alas atrás.*

*No entiendo la vida porque nunca la viví.*

*Mi soledad era el motor de mi risa.*

*La genta va siempre con prisa.*

*Y nunca tienen a donde ir.*

*Hoy amada celestial nos hemos de unir.*

*Para que nuestra soledad se cure.*

*Luna, que la nostalgia en cinta se amure al sol.*

*Y al dar a luz éste sea un día feliz.*

*Que la tristeza del bosque asure.*

*El bosque donde niña aprendí a reír.*

*Luna desde hoy seré parte tuya.*

*Y tú de mí, que la noche nos haga dormir.*

*Mientras el destino nos arrulla.*

Tomó el costal y sacó una vieja soga, que con paciencia desenrolló. Subió a un pequeño peñasco, ató en su pies la soga y a una enorme roca el otro extremo. Nosotros gritábamos sin hablar, nuestras palabras se ahogaban en la realidad. Lanzó con furia la roca hacia el reflejo de la luna en aquel pacífico lago. Se hundió como una esperanza perdida. Lo último que vi fue su cabello desaparecer en la imagen de la luna temblorosa. De pronto se hizo el silencio. Durante minutos las hojas caían sobre el lago, un frío se apoderó del lugar, un halo de luz fue despedido desde el agua, cual ángel que vuelve al cielo, al ver en la orilla la cuerda que momentos antes se llevó el más tierno ejemplo de la humanidad.

Al instante la luna tomo más brillo, emanaba una energía como nunca antes y entendimos que fue lo que debía ser. Desde entonces la luna brilla como nunca, recordándonos a nosotros

aquella vieja historia, y dejando en los que la ven la sensación de amar, de sentirse completos sin tener motivo alguno. La preciosa sinfonía que entrelaza a las parejas es más bella que ninguna, y se escucha con en el alma el Aria de la Luna.



# Laszlo

POR STEPHANIE BURCKHARD

Tras una visita por el café de la librería del barrio me vi inmersa de improvisto en la observación. Sentada sin hacer nada, más que tomar café ya me encontraba en un estado de reposo mirando de un lado a otro, sintiendo nada más que un abrazo líquido de cafeína. La luz de la tarde iluminaba los rostros de humanos concentrados en conversaciones profundas del mundo cotidiano.

No me centralizaba en las palabras que brotaban de sus labios, sino en el detalle de cada línea de sus rostros unificados con las de sus atuendos moviéndose de un lado a otro, inquietos y rimbombantes. Me detuve en un rincón donde no había palabras, me atrajo la perfecta armonía de líneas del diálogo interno que corría por las páginas en las que escribía un anciano. No un anciano cualquiera, era Laszlo, un húngaro de 79 años que terminó por razones desconocidas en esa esquina del otro lado del mundo.

Un hombre incomprendido en el universo de la farándula intelectual universitaria y consultora del país, que todos los días llegaba a la misma hora y pedía una copa de vino para escudriñar en sus anotaciones y libros, ya desparramados de tanto uso. Los leía una y otra vez, escribía y ajustaba entre párrafos ya reescritos más de veinte veces, pero nunca estaba satisfecho.

No fue necesario tropezar la vista dos veces para entablar amistad. Cuando ya me encontraba sentada frente a él, era como un lugar privilegiado. Las miradas no faltaban pero jamás sentí el peso de la crítica como algo pulsante y vivo. Laszlo me había visto con un libro de astronomía y sin pensarlo dos veces me llamó a su mesa. Empezamos con las preguntas usuales y ya entrada la conversación el viejo loco se mostró más enérgico.

—¡Bah! —Movía una mano temblorosa de piel de papel y arrugada — somos tan egoístas.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —señaló al cielo y ahí estaba.

—Ah, sí, la luna.

—¡La luna! Nos preocupa sólo esa. ¿Qué hay de las demás?

Las copas de vino y café se multiplicaron. Me hipnotizaba escucharlo mientras hacía un recorrido apasionado por las lunas de nuestro sistema solar. Nombró a un par de bibliotecas y librerías que había en la ciudad, de su desgracia de tener poco material para trabajar en su “Ecuación Laszlo” y de libros de astronomía vergonzosamente atrasados. Sus manos temblaban y se fusionaban con las hojas de papel que sostenía.

—¡Júpiter! Cómo mínimo sesenta lunas alrededor y entre ellas Titán. Y muchos todavía se concentran en sólo la de la tierra, muchos creen que la vida sigue siendo exclusiva para nuestro globo y también la luna. Con todo un horizonte lunar por recorrer.

No tenía la menor idea de qué responder, primero porque tenía razón y segundo porque me sentía totalmente ignorante sobre el tema.

—Mire a Tritón —sacó una fotografía de una carpeta ya muy gastada de cuero— ¿No es linda? Me pregunto cómo se verá desde Neptuno.

Laszlo seguía fascinado y yo también. Mi tarde casi echada a perder en sólo observaciones y lecturas se tornó interesante. Mejor clase magistral no había recibido en mi vida y es que su pasión hacía que yo me interesara más. Estas palabras no sólo brotaban de sus labios, sino de las líneas de su cuerpo y su alma.

Me explicó en una hoja amarillenta sus expectativas sobre la Ecuación Laszlo, la cual no compartía con cualquiera y pocos sabían de ella. Su estimación no era sobre civilizaciones inteligentes, sino sobre cuántas lunas podían andar por ahí rondando en nuestra galaxia. Números ajustados por aquí y arrejuntados por allá, nunca cambiaba de hoja, reescribía en la misma.

La justificada desplegando todo sobre los agujeros negros, el espacio y el tiempo, el universo en expansión, las partículas elementales y las atractivas nebulosas. Todo en abundancia y con recorrido histórico científico, menos las lunas.

—Cargamos con 174 lunas y nos enfocamos en sólo una.

Laszlo continuó hablando de la grosería con que las personas sólo deseaban y creaban odas de amor a la luna del planeta tierra,

cuando el resto aleteaba con mayor delicadeza e interés en nuestro sistema solar. El café siguió llegando, las copas de vino continuaron abarrotando la mesa y terminó siendo una tarde fenomenal gracias a mi inmersa observación.

# Ebrio bajo la luna

POR OSCAR ESCOBEDO

Es hermoso encontrarse con ella, con esa compañera mágica que devuelve la luz al cielo, mientras el Dios Sol ha decidido mostrar el interior de sus párpados cuando la otra mitad del mundo ve directo hacia su iris incandescente.

Recién finalizado el atardecer, la luna lo encontró a él, caminando rápidamente en la octava avenida de la zona uno. Su paso se hacía notar con la ligereza que manifestaba, un paso tras otro, resistiendo el aire frío de fin de año y cubriéndose únicamente con la luz de la luna, con el encuentro del espejo celeste y su mirada.

A pesar que muchos otros ejecutaban su andar al igual que él, la luna no pudo evitar fijarse en este muchacho quien avanzaba sin parar. Al llegar entre once y décima calle, con dirección hacia el norte, la luna pudo notar que el rápido paso de su caminar había sido interrumpido por el tambaleante marchar de un ebrio. Su bamboleo ocupaba toda la banqueta y el muchacho ansioso, buscaba cualquier espacio para rebasarlo, sin embargo, aquella escena parecía más un baile entre dos desconocidos. De pronto, el muchacho pudo divisar la brecha para adelantar a quien había sido víctima del alcohol y sus destrezas. Infiltrándose al costado derecho, el muchacho retomó el paso ligero, pero más veloz fue el bamboleo del ebrio quien impactó contra el joven caminante y, al igual que la luna, encontró al muchacho, el muchacho encontró al ebrio.

—Disculpe, disculpe usted joven... Por favor, disculpe usted —Dijo el ebrio emanando su distintivo aliento.

—No tenga pena, tenga feliz tarde —Respondió el muchacho.

—Espérese, espérese... Mire joven, venga para acá —Dijo el ebrio, pero el muchacho sin detener su paso le respondió preguntando: —¿Qué quiere?

Por un momento el bamboleo del ebrio desapareció y resultó inevitable que alcanzara al muchacho para abordarlo de lleno. El joven apresurado no tuvo tan duras las entrañas como hubiera deseado para ignorarlo. Accedió al dialogo deteniéndose definitivamente frente a su interlocutor y a los ojos de la luna que continuaba atenta.

—Joven, buenas tardes... noches. Buenas joven, mire, hágame un favor... disculpe usted. Mire, dígame dónde encuentro un Banco de la Industria. Fíjese que varios me han dicho que aquí en la octava encuentro uno, pero nada usted y la verdad es que ya me cansé —Dijo el ebrio.

—Yo recuerdo que si hay uno por aquí —le respondió el muchacho— Déjeme pensar. ¡Ah, es verdad! Justo en esta esquina, suba a la séptima y encontrará un Banco de la Industria—

—No joven, ese no. Necesito ir a otro que no sea ese.

—¿Y por qué no ir a ese? —Preguntó el muchacho.

—Porque en ese banco no me dejaron entrar, dicen que estoy tomado y que así no me dejan entrar. Por eso necesito otro, otro banco donde no me vengán con que estoy tomado, porque... sinceramente joven, no sabe cómo me urge.

Antes que el muchacho respondiera, la luna pudo notar que algo cambiaba en sus ojos. Dejó de ser la seria mirada con la que inició el diálogo y se convirtió en una mirada conmovida. Antes de ejecutar sus palabras el joven suspiró, luego dijo:

—Disculpe que se lo diga señor, pero efectivamente usted está ebrio. Basta con la primera impresión para darse cuenta. En ese estado dudo mucho que lo dejen entrar en algún banco, Además, por la hora no creo que encuentre abierto alguno por aquí.

—Miré joven —dijo el ebrio— yo no le voy a mentir. La verdad es que ando bolo, yo lo sé...es verdad, ando tomado joven. Pero fíjese que me robaron todo, me robaron mi cédula, me robaron mi tarjeta y el dinero que llevaba. Disculpe de verdad que lo moleste, pero si no bloqueo mi tarjeta yo estoy seguro que me van robar mi aguinaldo. Yo sé que no es mucho, pero ya es pisto.

—Disculpe señor pero aunque quiera, no creo que pueda bloquear la tarjeta hoy, va tener que esperar hasta mañana. Tenga fe, primero Dios no le roban más.

—Mire joven, ¿y usted no sabe cómo bloquear una tarjeta?

—No señor, disculpe, yo no uso tarjetas ni nada por el estilo, no piense que no quiero ayudarlo, sinceramente no sé nada de eso.

—Bueno, siempre gracias joven y mire, de verdad discúlpeme. Yo sé que ando tomado pero fue tontera mía. Yo soy guardia de seguridad fíjese, pero me babosearon usted y cuando vi, ya no tenía nada.

—¿Lo golpearon o algo así señor?

—No usted, me invitaron a chupar. Los mismo que me invitaron son los que me hueviaron y mire ahora como estoy.

Moviendo la cabeza de un lado al otro, el joven respondió:

—Bueno, entonces espero que eso le enseñe que no debe andar tomando, no se saca nada bueno con eso. Yo trato de entenderlo señor, sé que la tentación es precisamente eso, tentación, pero debe luchar.

—Si joven, yo sé. Disculpe que lo haya molestado oyó. De verdad. Entonces, mire...entonces...¿no sabe cómo le puedo hacer con la tarjeta verdad?

—No señor...ya le dije que no.

—Mire, pero si ellos no tienen el pin, la contraseña de la tarjeta no pueden sacar dinero, ¿o sí?

—Lo dudo señor, sin la contraseña es poco probable que en algún cajero saquen dinero.

—Sí verdad. Sí porque eso no les di. Porque yo me acuerdo que no cargaba el pin. Entonces de plano que no. Pero igual, tengo que ver cómo repongo mis papeles, ¿verdad?

—Sí señor. Pero bueno, disculpe que lo deje, tenga buena suerte y por favor, deje de andar tomando. Llevo prisa, disculpe por no poder ayudarlo más.

—No tenga pena joven, yo sé que estoy tomado. Y mire, ¿usted para dónde va?

—Yo voy a caminar toda la octava hasta la quinta calle, luego continuo caminando varias cuadras.

—¿Ah sí? Mire, ¿y por qué no me acompaña? Yo también voy a caminar porque fíjese que me robaron todo. Todo por andar chupando usted. Entonces, voy a caminar hasta la zona seis. Ahí vi-

ve la mamá de mi hijo y le voy a pedir que me ayude, haber si ella me puede bloquear la tarjeta.

—Ah, mire señor, créame que llevo prisa. Yo caminaría muy rápido a la par suya, lo mejor será que tome una camioneta. Justamente en la otra cuadra está la novena avenida, ahí pasa la 83 y esa ruta lo deja en la zona seis.

—Joven, pero yo estoy tomado, yo no creo que me dejen subirme así... ¿o sí?

—Haber, le doy este billete, le aseguro que si da el billete completo y dice a dónde va lo dejan subir sin problema, lo que le ofrezco es que vayamos a la parada de la novena para tomar la camioneta.

El ebrio tomó el billete con cierta resistencia, y teniéndolo en la mano dijo:

—Mire joven, no le digo que no necesito el dinero, pero antes de usted un señor me regaló otro billete de estos, así que no tenga pena.

—Usted no me salga con eso —le respondió el muchacho—. Lo mejor será que se guarde bien ese billete en la bolsa, sino le aseguro que lo deja tirado. Haber, haber, guárdese.

Haciendo caso a su mandato, el ebrio guardó el dinero y continuo caminando tambaleante al lado del muchacho, quien puso su mano en el hombro de su temporal compañero de ruta. Al llegar a la esquina de la cuadra se encontraba una pronunciada grada, con la cual tuvieron que lidiar aparatosamente.

Al intentar cruzar la calle no cedían ni los vehículo ni los semáforos, parecía un constante complot que solamente hacía más difícil la situación. Finalmente, con cierto tono de policía de tránsito

to, el muchacho optó por alzar su mano en el aire y atravesar la calle al lado de su acompañante. Al llegar a la banqueta, una pendiente se hizo manifiesta, por lo tanto, antes que el buen ebrio callera de bruces fue necesario frenar el paso y con mucha calma dar continuidad a la caminata.

—Fíjese joven, que me van a regañar por andar así. La mamá de mi hijo me va a maltratar. Yo le voy a pedir que no le vaya a decir a mi hijo que estoy así, porque... ya sabe cómo es la familia y mi hijo se enoja rápido, no me gusta que me regañe. Él ya es grande y se cree con autoridad sobre mí.

—Me imagino señor, pero, como le dije antes, así aprende a no hacer esas cosas.

—Si hombre, pero ya va ver, como me va a maltratar la señora, todo por baboso, usted. La culpa la tuvo mi compañero porque, usted sabe, aquel andaba con ganas de... ya sabe, de ir con las patojas. Con las seños. Y me dijo que fuéramos y no le digo que no quería, pero esos hombres me invitaron a tomar y yo acepté. Los mismos cabrones me hueviaron y ahora ando con que debo bloquear una mi tarjeta que llevaba en la bolsa.

—¿Y usted de dónde conoce a esos hombres? —Preguntó el muchacho lleno de incertidumbre.

—Yo no los conocía usted.

—¡Señor, cómo se le ocurre! Con razón le robaron.

—Por eso le digo joven, ya va a ver que me van a maltratar, aunque ya mero que no me voy a la casa de la señora, tal vez sea mejor si me voy con mi mamá. Pero igual me van a maltratar.

Una vez dicho esto, ambos se toparon nuevamente con una esquina y la necesidad de atravesarla. Repitiendo la travesía anterior lograron hacerlo y era momento de ejecutar las últimas instrucciones por parte del muchacho.

—Mire señor, espere aquí en la esquina. Cuando vea que viene la 83 se sube y le pide al ayudante que le avise cuando llegue a la zona 6.

—Es que yo voy a los proyectos joven.

—No hay problema señor, esa camioneta lo deja justo en los proyectos, si no toma la camioneta va ir llegando a la media noche, hágame caso.

—Mire joven, yo... En serio mire, yo de todo corazón le agradezco va. Solo hágame un favor, solo uno. Mire ese teléfono público, ayúdeme a marcar ahí. Voy a llamar a mi mamá para que me ayude.

—Pero no tengo monedas señor, eso si no tengo.

—Péreme, yo creo que tengo una mi choquita por aquí... Mire, aquí está.

—¿Y recuerda el número señor?

—Sí, yo creo que si. Mire pues, hágame favor y marque ahí. 2454-4978. Yo creo que ese es.

—Haber, ¿cómo me dijo? : 2454-4978?

—No, así no...vuelva a marcar, cuelgue.

Rápidamente el muchacho alzó el índice y colgó, entonces trino la caída de la moneda secamente. Lleno de incertidumbre el mu-

chacho buscó la moneda en el pequeño buzón de devolución y para su tranquilidad no había sido cobrada.

—Vuélvala a meter —dijo el ebrio.

—Dígame bien el número pues —respondió el muchacho.

—Marque pues joven : 2454-4978.

—Muy bien, ahí está : 2454-4978.

—Ya está llamando.

Recostado en la cabina y con el teléfono mal sujeto al lado de su rostro el ebrio dijo:

—Aló, aló. Bueno...mamá... Aló, aló.

Al no recibir respuesta, el ebrio colgó el teléfono y trino la caída de la moneda secamente. Lleno de incertidumbre el muchacho buscó la moneda en el pequeño buzón de devolución pero esta vez no había nada. La moneda había sido cobrada.

—Mire joven, yo creo que ese no era el número fijese, pero igual, mejor no voy a ir con mi mamá, ahora que me acuerdo tengo una mi casera allá en la Maya, la voy a llamar.

—Déjese de cuentos señor —dijo el muchacho un poco molesto—. Para empezar ya no tenemos monedas y ya está cobrada la que echamos. Ya no va a poder llamar.

—Ya va ver que si llama —Sentenció orgullosamente el ebrio.

—Voy a marcar yo, va ver —Descolgó el auricular de la cabina y se dispuso a marcar. Brincando entre los números su dedo parecía tan ebrio como su dueño, quien al terminar de marcar los dígitos dijo:

—Oiga joven, oiga... está llamando.

Atendiendo a las palabras del ebrio el muchacho recostó su oído al lado del auricular y pudo distinguir un back tone, lo cual lo llenó de sorpresa.

—Aló, aló. Bueno... ¿Con quién hablo? Yo, yo quiero hablar con Clara, será que anda por ahí ¿Cómo dice? Equivocado dice. Ay perdone usted...No, no estoy bolo. Gracias.

Con mucha calma, el ebrio volvió a colgar mientras viendo fijamente al muchacho dijo:

—Me equivoqué usted.

—Déjelo ya señor, no le va servir de nada andar llamando por teléfono. Yo creo que por ahí viene la 83.

—Péreme joven, voy a probar otra vez.

—Dudo que esta vez le vuelva a sacar la llamada señor.

—Hay que probar, hay que probar —respondió nuevamente orgulloso.

Y con atontado andar, el dedo del ebrio brincó nuevamente en el mapa de dígitos de la cabina. Uno tras otros los ocho números fueron ejecutados y la impaciencia en el rostro del muchacho era más que notoria.

El ebrio terminó de marcar y nuevamente dijo: — Joven, oiga...yo le dije que todavía sacaba la llamada.

Con exagerada sorpresa el muchacho dijo:

—¡Me lleva! ¡Que suerte de bolo la suya!

—Aló, aló...¿con quién hablo?...Yo quiero hablar con Clara, ¿anda por ahí, no? No, anda trabajando dice. Ah mire pues. No, no... yo quería hablar con ella. ¿Quién habla?... ¿Lucy?...¡Hola hija! ¿Qué tal mamita? ¿Cómo está tu hermana? Ah que bueno nena. No, no, solo dígle que yo la vuelvo a llamar. Vaya. Adiós pues.

—Disculpe señor— Dijo el muchacho —¿Cómo se supone que la niña que le contestó avise que llamó cuando ni siquiera dijo usted su nombre?

—¿Si verdad? Igual joven, yo creo que ella no me puede bloquear mi tarjeta.

—Al final, ¿qué va hacer? Yo ya me tengo que ir, no estoy para esperarlo. Miré, creo que ahí viene la 83.

—No joven, yo digo que mejor voy a caminar, ¿se viene conmigo no?

—No señor, ya le dije antes, no puedo. No crea que no lo quiero ayudar.

—Entonces tome, le devuelvo su billete.

Al decir esto el buen ebrio, otro hombre, medio ebrio y medio indigente, se acercó al muchacho para decirle:

—Disculpe usted caballero, una ayudita que me hiciera favor.

Con enojo el joven le respondió:

—¡No mano!, para usted no tengo nada.

Y un tanto asustado, el indigente retomó su camino calle arriba.

—Mire señor —dijo el muchacho al ebrio. —Yo le di ese billete para que pudiera tomar la camioneta, ese billete es suyo, úselo para llegar a casa.

—Gracias joven —le respondió— pero... ¿Sabe qué? Mejor lo voy a usar para comprarme una mi agua.

—¡A la gran chucha señor! Le prometo que si usa ese dinero para una bebida espirituosa, Dios lo va a castigar por desperdiciar así la ayuda.

Entonces el ebrio ríe.

—No, no joven...en serio, no voy a chupar, solo va a ser una mi agüita.

—Usted decide, con permiso señor, que tenga mucha suerte y deje de tomar. Aprenda.

—Yo sé joven, le agradezco mucho de verdad. Disculpe oyó... yo sé que estoy tomado, pero mire, en serio, si algún día puedo servirle de alguna forma, solo avíseme y con mucho gusto oyó.

—Gracias señor, mire que ya está igual que con su llamada, que le vaya bien.

El muchacho continuo su camino, retomó el paso ligero y la luna dejó de posar su mirada y su atención en él y del mismo modo hizo con el ebrio. Debido a esta razón, se desconoce el paradero de ambos, sin embargo, es la expectativa del redactor, es que el lector pueda asignar un final propicio para cada uno.



# Testigo perenne

POR LUIS LOPEZ

Faltaban cinco para las ocho y la penumbra ya era reina de cualquier rincón. En cualquier lugar la luz tenue y casi melancólica de aquella vela nocturna, de aquella blanca y redonda fuente de luz, guiaba los pasos, desde las alturas, del joven, del viejo, del hombre y de la mujer.

La luna, en esos días en que su luz transmite paz y serenidad, revoloteaba de manera erótica con las nubes que, queriéndola seducir, la cubrían de a ratos por arriba o por abajo; sin embargo ella, fiel a su horario, resplandecía de manera constante.

Los apresurados peatones y conductores no veían más que la luz de los rutinarios faroles ciudadanos, de autos o postes que día a día nos ponen una venda que nos impide mirar hacia arriba; por lo que olvidaban que siempre ha existido una testigo, una redonda y silenciosa mirada que observa cuanto pasa en la faz de la tierra.

Y aquélla testigo perenne ha aprendido a reír mientras lloran, o a llorar mientras ríen. Pues la sentencia de tener una mirada constante es poseer conocimiento de profundas tristezas o regocijadas alegrías. Y es que su faz, sea llena o menguante, despierta sensaciones, despierta emociones en los homo sapiens que dejan la racionalidad para sumergirse en pasiones intensas. Una vez más, como cada noche, la flamante luna sería testigo de amorosos encuentros o crueles asesinatos. Fuera la privaci-

dad de los amantes que extasiados en sus caricias dejaban la constancia de su amor bajo su luz, o aquel criminal que detonaba la pólvora contra cualquiera de sus semejantes... ella... ella siempre estaba allí, en la inmensidad reducida de nuestro sistema solar, acompañando al globo terráqueo en su inacabable viaje espacial, dando luz en las horas nocturnas, o apareciéndose traviesa más allá del amanecer.

Aquella testigo perenne seguirá levantándose al anochecer y acostándose al amanecer, para continuar observando las historias que entreteje la humanidad.



## Bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND 3.0

Usted es libre para compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. El licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia bajo los siguientes términos: Atribución — Usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios . Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con fines comerciales. Sin Derivar — Si usted mezcla, transforma o crea nuevo material a partir de esta obra, usted no podrá distribuir el material modificado. No hay restricciones adicionales — Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

Este es un resumen legible por humanos (y no un sustituto) de la licencia, que puede ser consultada en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/legalcode>

El Viaje del Escritor es una iniciativa de la comunidad Lectores Chapines. Esta edición ha sido posible gracias a la colaboración de Omar Velásquez en la revisión y edición de los textos, convocatoria en Internet y prólogo; Iván E. Mendoza en el diseño gráfico y producción del ebook.

Un agradecimiento muy especial al Club de Lectura del Banco de Guatemala, quienes con su curiosidad y entusiasmo motivaron a que este viaje fuera posible. También a todos los Lectores Chapines que día a día aportan a la comunidad, a los que recomiendan, a los que preguntan, los que prestan libros, los que los regalan, a los que nos guían pero también a quienes nos pierden entre páginas, y en general a todos los que siempre nos dejan con un historia que recordar.

## Fotografías

Reconocemos los beneficios de las licencias Creative Commons, y así como las promovemos también nos apoyamos en ellas para nuestros proyectos. Todas las fotografías en este documento se encuentran bajo licencia Creative Commons “Atribución 2.0 Genérica” o “Atribución CompartirIgual 2.0 Genérica” excepto la portada y las imágenes en donde se indiquen derechos reservados. Los créditos en orden de aparición:

“Marina Park sunset” de Cynthia Lou, aparece en la portada y fondo del prólogo.

“How to photograph the moon” de Johan J. Ingles-Le Nobel, aparece en “Luna”.

“Little cute girl with globe” de Sergey Nivens, aparece en “Papá”. Derechos reservados.

“Loch Duich from Eilean Donan” de atomicjeep, aparece en “Bella Luna”.

“Empty street v1” de Kerem Tapani, aparece en “Desolación”.

“Grasp the moon” de Wiros, aparece en “A la luz de la luna”. Retoque fotográfico por Iván E. Mendoza.

“Moon (explore)” de wildlife boy1, aparece en “El lado oscuro”.

“Super Girl” de Bahadorjn, aparece en “Querida amiga”.

“Moonlight Shadow” de Paul Bica, aparece en “Desde la luna”. Retoque fotográfico por Iván E. Mendoza.

“Like the moon, we borrow our light” de Chazie Mazie, aparece en “El Aria de la luna”.

“Central Coast Wine” de Elizabeth Haslam, aparece en Laszlo.

“Night walk” de Mr\_Twister, aparece en “Ebrio bajo la luna”. Derechos reservados.

“The bird and the moon II” de Luz Adriana Villa A., aparece en “Testigo Perenne”.

“Moon and cloud”, fotografía de portada, pertenece a Leonardin (Photodune.net), derechos reservados.

“Reunión del mes: Buenas costumbres” en febrero 2014 por Alex Godinez, aparece en Tabla de contenidos. Derechos reservados.

“Clementine Observes the Moon, Solar Corona, and Venus” por la NASA, aparece en la página de la licencia y créditos. Derechos reservados.

Para solicitar más información escribe a [viajedelescritor@lectoreschapines.com](mailto:viajedelescritor@lectoreschapines.com).

